

## 3669 - Todo lo que recuerdo de aquel día

Me detengo delante del dibujo y me acomodo el mechón de pelo rubio que sobresale de mi coleta despeinada detrás del pendiente plateado en mi oreja para analizarlo. Sigue ahí, justo dónde lo dejamos, hecho sobre la página que arrancaste de la libreta de mates cuando te ayudé a hacer los deberes. Debo decirte el color rosa de tu cera favorita ya no brilla con la intensidad con que solía hacerlo, aunque para serte sincera ya nada en esta casa lo hace, incluyéndome a mí, por supuesto. Supongo que es normal, las cosas se desgastan, me duele admitirlo, pero... me vuelvo a incluir. Es triste que me sienta identificada con estas cosas, lo sé, sé que no es así como me recuerdas, pues cuando te marchaste solo era una mujer alegre y simpática. Una mujer a la que le encantaba jugar contigo y a la que jamás se le hubiera ocurrido una metáfora tan deprimente sobre la hoja que colgamos aquel día en la nevera y que dos años más tarde sigue ahí, sujetada por el imán que comprasteis en Ibiza. Sigue ahí, retándome a ser cada vez más fuerte, a extrañarte cada día más y aunque esto último creía ya haberlo llevado al extremo, parece ser que me equivocaba.

Ocho de marzo, el calendario me chiva la fecha, es entonces cuando me pongo a escribir esto. Ocho de marzo, exactamente han pasado dos años y en el acabado satinado de la nevera se reflejan llorosos bajo mis cejas rubias esos pequeños ojos marrones que antes sonreían. Delante de mí había una señora que juraría no haber visto nunca, estaba irreconocible, no parecía yo. Ocho de marzo. ¿Dónde había quedado esa chica coqueta que se preocupaba por arreglarse aunque fuese tan solo un poco? Echo de menos el entusiasmo y la alegría que desprende la niñera que plasmaste en el folio. Todo lo que veo reflejado en la superficie del electrodoméstico es una mujer mayor, igual de aburrida que la ropa que lleva, demasiado pálida y delgada ya que cada vez destaca más su prominente nariz aguileña. Una mujer con miedo a mostrar sus pequeños dientes amarillentos, por lo tanto ya no sonrío y su expresión facial se mantiene tensa. Una mujer a la que el azar le ha jugado una mala pasada. Hablando del azar, no es casualidad que mi caos mental se avive hoy y tampoco es cosa del destino, a diferencia de la persona que pintaste en el dibujo, yo no creo en esas cosas, ya no.

Lo único que recuerdo de aquel día fue el momento de shock efímero que se convirtió en un llanto constante y que desencadenó veinticuatro meses de dudas. El sonido de la ambulancia seguía retumbando en mi cabeza con la misma intensidad. Desde el parque al hospital, el peor trayecto de mi vida. Entonces llegó ella, discreta y silenciosa pero segura de sí misma. Tan elegante como siempre cumpliendo con todas las expectativas, siempre está a la altura. Llegó, irresistible, te cautivó, igual que era capaz de cautivar a todos los hombres y mujeres de la faz de la Tierra. Nadie nunca se había atrevido a negarle la invitación, tiene fama de ser una buena anfitriona, espero que te esté cuidando como mereces. Pasaba arrasando con todo, sin importarle lo que iban a sentir quienes no notaban su presencia. Si te digo la verdad nadie jamás pensé que te visitaría tan pronto y aunque en ningún segundo de esos quince minutos dejamos de luchar, si algo he aprendido es que es imposible dialogar con ella. Es orgullosa y cree que siempre tiene la razón. Como ya dije en su día, discutir con la muerte es una tontería.